

CONSTRUCCIÓN DE PAZ A TRAVÉS DE LAS ARTES Y LA CULTURA: EL CASO DE COLOMBIA

Peacebuilding through arts and culture: the case of Colombia

GREIS CIFUENTES TARQUINO

RESUMEN

Colombia está terminando un conflicto de más de 50 años entre las FARC-EP y el Gobierno Nacional. El conflicto ha dejado una sociedad dividida que lesiona el tejido social además de consecuencias económicas. Bajo este escenario, la cultura y las artes están jugando un rol elemental en la construcción de paz, tejido social y memoria. El artículo presenta iniciativas artísticas y culturales que han logrado la movilización de capital social, logrando importantes aportes en el desarrollo social de comunidades azotadas por la violencia. Finalmente, el artículo hace algunas recomendaciones que podrían ser transferibles a otros países que experimentan transiciones desde un conflicto o escenarios posteriores al conflicto.

Palabras Clave: Arte / cultura / paz y conflicto / cambio social.

ABSTRACT

Colombia is ending a conflict of more than 50 years between the FARC-EP and the National Government. The conflict has left a divided society that harms the social fabric as well as economic consequences. Under this scenario, culture and the arts are playing an elemental role in the construction of peace, social fabric and memory. The article presents artistic and cultural initiatives that have achieved the mobilization of social capital, achieving important contributions in the social development of communities affected by violence. Finally, the article makes some recommendations that could be transferable to other countries that experience transitions from a conflict or post-conflict scenarios.

Keywords: Art / culture / peace and conflict / violence / social change.

COLOMBIA: UNA HISTORIA DE VIOLENCIA

El conflicto armado en Colombia responde a múltiples factores, tanto económicos, institucionales, sociales como políticos que han hecho que se perpetúe por más de 50 años, convirtiéndolo en el conflicto más largo en el hemisferio occidental. La falta de presencia estatal en regiones del país (Uprimny, 2001), aspectos geográficos que dificultan la conexión del territorio, la desigualdad, la insuficiente provisión de bienes públicos, pobreza (Restrepo & Aponte, 2009), injusticia social, corrupción, la exclusión y discriminación de ciertas regiones son algunas de las causas que han originado el conflicto, y con esto el surgimiento de los grupos guerrilleros (las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en 1964 y del Ejército de Liberación Nacional en 1965) que en sus inicios centraron sus consignas en la búsqueda de mayor igualdad y desarrollo económico.

A pesar de las reformas institucionales que se propiciaron en la década de 1980 generando mayor pluralismo y espacios de participación, Colombia es víctima de un régimen democrático deficitario, una democracia sin calidad, en la cual persisten altos niveles de corrupción, impunidad, injusticia y una falencia en la garantía de los derechos civiles y las libertades políticas.

Con el paso del tiempo, la violencia en Colombia fue evolucionando junto con su complejidad. Se hizo evidente una disputa entre los grupos

armados por el poder local, la apropiación de bienes, recursos naturales y públicos. Fue así, como estratégicamente la guerrilla se desplazó hacia zonas de gran potencial económico en donde podían producir y procesar no solo drogas ilícitas, sino también apoderarse de zonas ricas en oro, petróleo, carbón, ganadería y café. A partir de esta expansión, el narcotráfico se posicionó como uno de los elementos perpetuadores del conflicto (Pizarro, 2004), asegurando con este medio su subsistencia.

De igual forma, la apropiación violenta de las tierras y el conflicto en sí mismo generó un alto desplazamiento interno,¹ con más de 900 000 muertes y 200 000 desaparecidos (Sánchez, 2015). Como respuesta para impartir justicia frente a esa ola de violencia surge el paramilitarismo, conocido también como las autodefensas (Autodefensas Unidas de Colombia, AUC) quienes defendían sus bienes, vida y tierras de la guerrilla. En su comienzo, se transmitía la idea que eran grupos de defensa legítimos y contaban con el apoyo de la fuerza pública y aprobación política. Sin embargo, esta percepción fue cambiando en el tiempo, debido a que llegaron a controlar redes de narcotráfico, cometer innumerables masacres, protegiendo sus intereses y haciendo justicia a su antojo.

¹ El número de desplazamiento interno en Colombia asciende a más de 6 millones, cifra superior a Siria, Sudán y Afganistán (Internal Displacement Monitoring Centre, 2018). Informe completo disponible en: <https://bit.ly/2rL16Ue>

Aunque las AUC se desmovilizaron entre 2003 y 2006 bajo el Gobierno del Álvaro Uribe en un proceso de verdad, justicia y reparación aún existen grupos al margen de la ley operando en el territorio colombiano. Lo anterior demuestra la debilidad y precariedad del Estado colombiano, siendo incapaz de proveer una presencia estatal uniforme a lo largo de su territorio dando como consecuencia el fortalecimiento del narcotráfico y la prolongación del periodo de violencia (Cumbre Agraria: Campesina, Ética y Popular; Equipo Operativo Nacional Garantías de Derechos Humanos; Coordinación Social y Política «Marcha Patriótica» y el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz-Indepaz, 2018).

Después de que varios gobiernos establecieran diálogos y procesos de paz fallidos y con el objetivo de poner fin al conflicto con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), el Gobierno nacional firmó en noviembre del 2016 el Acuerdo Final del Teatro Colón para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera. Gracias a la finalización del conflicto, para el 2016 el número de muertes de civiles y combatientes disminuyó en más de un 90% (The Resource Center for Conflict Analysis, CERAC) y de acuerdo al ministro de Defensa Villegas (2017) la tasa de homicidios para el 2017, fue la más baja de los últimos 30 años (24 homicidios por cada 100 000 habitantes).

No obstante, la búsqueda por el control de los territorios y economías ilegales (contrabando,

narcotráfico, minería ilegal) que durante décadas estuvieron bajo dominio de las FARC-EP y la frágil implementación de los acuerdos de paz ha desatado una ola de violencia en contra de los líderes sociales y defensores de derechos humanos. Según datos de la Defensoría del Pueblo, entre el 1 de enero del 2016 y el 27 de febrero del 2018 han sido asesinados 282 líderes sociales en Colombia. Además, se han cometido dos masacres en Tumaco (2017) y en Argelia, Cauca (2018) que han dejado 14 muertos.

La violencia que ha azotado al país ha tenido no solo consecuencias económicas —que han sido ampliamente estudiadas—, sino también efectos psicológicos en las víctimas, victimarios y sobrevivientes del conflicto como la falta de dignidad, humillación (Power, 2011), venganza y odio (Byrom Hartwell, 1999) y efectos sociales en el deterioro de las relaciones de confianza y empatía, no solo a nivel familiar sino también en la comunidad, rompiendo las redes básicas de apoyo, la cooperación y solidaridad social; es decir, la destrucción del capital social, logrando dar paso a la indiferencia y al egoísmo, impidiendo la capacidad de ponerse en los zapatos del otro y debilitando la inclusión social.

HACIA UNA CULTURA DE PAZ

Adicional a este planteamiento, algunos autores (Sriram, 2004) plantean la existencia de una «cultura de violencia» ocasionada por

el ambiente hostil en el que fuimos educados y expuestos, concibiendo una aprehensión y normalización de las conductas violentas. En otras palabras, estamos acostumbrados como sociedad a la corrupción, la desconfianza, la inseguridad, los asesinatos, entre otras prácticas violentas que se encuentran enraizadas en el tejido social de los colombianos, logrando que seamos víctimas y reproductores de una cultura de violencia como consecuencia del largo conflicto.

Esto conlleva a un condicionamiento inicial en la sociedad en favor de la violencia como mecanismo de resolución de conflictos políticos. Esto genera en el ámbito social pérdida de valores y cohesión, dando como resultado una sociedad civil fragmentada, débil y poco influyente (Uprimny, 2001); en otras palabras, una sociedad con una escasez de capital social, que no tiene la capacidad de generar y sustentar relaciones de cooperación y colaboración.

A pesar que el conflicto colombiano profundizó la destrucción entre los bandos opuestos y dificultó resolver las diferencias por medio del diálogo, el Acuerdo de Paz con las FARC-EP es un punto de partida para cambiar la visión relacional de las acciones violentas e iniciar una configuración de nuestra capacidad y habilidad para transformar los conflictos. Es así como se puede dar un paso a un enfoque de cultura de paz.

Es decir, reemplazar la cultura de violencia basada en la desconfianza, la intolerancia y odio;

o en otras palabras, la incapacidad de interactuar constructivamente con todos aquellos que son diferentes, por una cultura de paz basada en valores como la confianza, respeto, tolerancia, solidaridad, empatía y entendimiento mutuo, lo cual implica un rechazo colectivo de la violencia y la construcción de ciudadanía. Podemos entender esta nueva cultura como:

La cultura de paz supone ante todo un esfuerzo generalizado para modificar mentalidades y actitudes con ánimo de promover la paz. Significa transformar los conflictos, prevenir los conflictos que puedan engendrar violencia y restaurar la paz y la confianza en poblaciones que emergen de la guerra. (UNESCO, 1999, p. 2)

Esa capacidad de resolver disputas y conflictos de manera pacífica, exige un nuevo sistema común de valores y patrones de comportamiento. Bajo este supuesto la sociedad civil juega un rol central en la construcción de paz por medio de la asociatividad de la ciudadanía para dar un impulso al interés colectivo sobre el particular, a la democratización y a la participación de la ciudadanía en asuntos públicos. Entendiendo que la asociatividad es la materialización del capital social.

LA IMPORTANCIA DEL CAPITAL SOCIAL

En este contexto, Sudarsky (2007) hace una relación entre la presencia de capital social con la posible prevención y resolución de conflictos, siendo un generador de cambio en las estructuras sociales. Algunos autores (Coleman,

1988; Putnam, 1993) relacionan el concepto del capital social con normas de comportamiento cívico practicadas y el nivel de asociatividad en una sociedad, basada en valores como la confianza, reciprocidad, tolerancia y cooperación, lo cual contribuye al bienestar general y fortalece el tejido social.

Del mismo modo, Lederach (2005) enfatiza en la importancia de la transformación comunitaria para la construcción de la paz, en el sentido que las comunidades más afectadas por el conflicto tienen que recuperar su voz, siendo capaces de proponer soluciones creativas a sus conflictos y problemas locales, pues son ellas quienes conocen a profundidad la problemática que enfrentan.

Como dice el profesor e investigador colombiano Edgar Martínez:

Recuperar la confianza social se constituye entonces en el mayor desafío que hoy tiene la sociedad colombiana para el posconflicto, vía por la que, con toda seguridad, se podrá dejar atrás ese círculo vicioso de equilibrio negativo que caracteriza el país, donde reina la desconfianza, el fraude, la corrupción, la anomia. (2017, p.18)

En ese sentido, a través del capital social, los individuos pueden aumentar su capital económico y cultural. Sin embargo, para generarlo es necesario un ambiente de confianza, cooperativo y solidario (Sudarsky, 2007). Es allí, donde los espacios sociales comunes fomentan la

integración y contribuyen a revitalizar el capital social después un periodo de violencia. Esto es importante porque se reconoce un vínculo entre los conceptos de capital social y cultura. Siendo la cultura considerada como:

El conjunto de rasgos distintivos, espirituales, materiales, intelectuales y emocionales que caracterizan a los grupos humanos y que comprende, más allá de las artes y las letras, modos de vida, derechos humanos, sistemas de valores, tradiciones y creencias. La cultura, en sus diversas manifestaciones, es fundamento de la nacionalidad y actividad propia de la sociedad colombiana en su conjunto, como proceso generado individual y colectivamente por los colombianos. Dichas manifestaciones constituyen parte integral de la identidad y la cultura colombianas. (República de Colombia, 1997)

De este modo, se plantea que la cultura promueve los espacios propicios y el clima de confianza para la cooperación entre grupos heterogéneos (*Bridging social capital*) capital social puente o conectivo, y también para el capital social vínculo o cohesivo (*Bonding social capital*) en donde se refuerzan los lazos entre grupos con características homogéneas (clase social, etnia, religión).

Las artes ofrecen oportunidades para construir capital social, porque proporcionan espacios para que las personas se reúnan y promuevan la solidaridad social. Así lo afirman algunos

autores: «Las artes también pueden ayudar a crear vínculos entre diferentes grupos, desarrollando así la cooperación intergrupala y estableciendo asociaciones» (McCarthy, Ondaatje, Zakaras, y Brooks, 2004, p.28). En ese sentido, la evidencia empírica del impacto social del arte y la cultura ilustra que tienen un efecto transformador en la sociedad, contribuyendo a la cohesión social, la participación comunitaria (Flinn & McPherson, 2007), promoviendo el desarrollo (Cevallos, 2005), generando empleo, revitalizando vecindarios, promoviendo el desarrollo económico local (Cohen R. I., 1994).

A su vez, Kliksberg afirma que «la cultura es, asimismo, un factor decisivo de cohesión social. En ella las personas pueden reconocerse mutuamente, crecer en conjunto y desarrollar la autoestima colectiva» (1999, p.90), ratificando que las artes basadas en actividades con la comunidad, están relacionadas con el fortalecimiento de los vínculos entre las personas, que les permite expandir su red social y construir capital social.

De acuerdo con los autores mencionados anteriormente, el capital social es tomado como un recurso que debe usarse para el bien público en beneficio de las personas. A su vez, la exposición cultural a través de la participación en las artes colaborativas (donde hay interacciones de alto nivel y asociaciones iguales) puede promover la cohesión social en una comunidad diversa y estimular así la construcción de capital social.

EL ARTE Y LA CULTURA COMO HERRAMIENTA PARA CONSTRUCCIÓN DE PAZ

Existe una amplia literatura que demuestra los beneficios positivos del arte y la cultura, considerándolos una herramienta que facilita la reconciliación en contextos de conflicto y postconflicto (Shank & Schirch, 2008). A su vez, reconocen el rol del arte como un medio a través del cual se puede reducir la violencia directa, compartiendo emociones, reparando el trauma colectivo e individual e interrumpiendo el ciclo de violencia emocional o psicológica (Lederach, 2005; LeBaron, 2011; Cohen, 2005).

De esta forma, se reconoce que las artes y la cultura emergen como una herramienta que puede «promover el entendimiento, la prevención, mitigación y recuperación del conflicto» (Preis & Stanca Mustea, 2013, p. 2), proporcionando un medio neutral, seguro que facilita el diálogo, el perdón y la reconciliación. Michelle LeBaron afirma que «en las sociedades de posconflicto, siempre hay arte. La gente canta su dolor, pinta sus penas, baila en las sombras de lo que una vez fue» (2011, p.20). De hecho, según LeBaron, es importante reconocer que las emociones son «motivadores poderosos hacia la transformación, así como son los motores centrales en el escalonamiento de conflictos». Este argumento se alinea con Zembylas, ya que «las emociones conectan los pensamientos, juicios y creencias de las personas, y se puede decir que las emociones son el pegamento de la identidad» (2003, p.222).

En el caso de Colombia existe una amplia gama de experiencias artísticas y culturales que han logrado movilizar el capital social de una comunidad, contribuyendo a la reconciliación y construcción de paz. En el contexto actual que atraviesa Colombia, transitando de una sociedad en guerra a una sociedad que aprenda a convivir, la cultura se convierte en un eje transformador de la sociedad, logrando cambiar la realidad de los individuos a través de las diferentes formas de arte: obras de teatro, danza, música, que pueden conducir a la reconciliación y contribuir al cambio social, teniendo en cuenta que a través del arte se pueden comunicar, explorar sentimientos, romper los prejuicios y sentirse libres de decir lo que a veces es difícil de decir. Además, proporcionan un espacio seguro, positivo y neutral que promueve el fortalecimiento del capital social.

No obstante, y aunque los derechos culturales son reconocidos en la Constitución, aún no tienen pleno efecto y cumplimiento en Colombia. Persiste una falta de conciencia sobre el papel transformador de la cultura en la construcción de paz. El presupuesto del país pone en evidencia el rol precario que tiene la cultura. Por ejemplo, en un día, el Ministerio de Defensa (235 6 billones de pesos, presupuesto para 2018) gasta dos veces más que el presupuesto anual que tiene asignado el Ministerio de Cultura (340 677 millones de pesos).²

² En el siguiente enlace se puede acceder a los presupuestos asignados al Ministerio de Cultura desde el 2010: <https://bit.ly/2ELVeR2>

A pesar de este desalentador escenario, se pueden nombrar algunos programas que han logrado resultados sorprendentes desde diferentes formas de arte, evidenciando de este modo como la cultura y las artes se convierten en una poderosa herramienta para la construcción de capital social, que conlleva a la consolidación de la paz.

«Música para la reconciliación»

La Fundación Nacional Batuta es una organización sin fines de lucro que trabaja con fondos públicos y privados. La Fundación fue creada en 1991, con base en el Sistema Nacional de Orquestas Juveniles e Infantiles de Venezuela, con el objetivo de contribuir al mejoramiento de la calidad de vida, la construcción del tejido social, la generación de espacios de reconciliación y convivencia de adolescentes y jóvenes de Colombia que han sido víctimas del conflicto armado o que viven en la pobreza extrema. A través de una educación musical de calidad, enfocada en la práctica colectiva, desde una perspectiva de inclusión social, derechos y diversidad cultural, ha sido posible garantizar el acceso a las artes y sus beneficios.

La Fundación tiene seis proyectos diferentes en todo el territorio nacional («Música en las fronteras», «Voces de la esperanza», «Música en las casas lúdicas», «Voces y movimiento al ritmo de mis derechos», «Formación musical» y «Música para la reconciliación»). «Música para la reconciliación» es el principal proyecto de la Fundación Nacional Batuta, el cual inició en

2001 y se estableció en los 32 departamentos de Colombia, cubriendo 84 municipios; particularmente, en zonas que más han sufrido los estragos del conflicto.

En estas áreas, el programa opera en 131 centros musicales dirigidos a jóvenes y niños en situaciones de extrema vulnerabilidad (el 92% pertenece a la estratificación socioeconómica más baja, el 41% viven en hogares con madres como cabeza de familia). Durante 2017, «Música para la reconciliación» benefició directamente a 21 276 niños, niñas, adolescentes y jóvenes (51% mujeres, 49% hombres, 9%

afrocolombianos, 4% indígenas y 87% mestizos) garantizando el ejercicio de sus derechos culturales y su desarrollo integral (Fundación Nacional Batuta, 2018).

A través de formaciones musicales colectivas (conjuntos y coros) con un componente destacado de apoyo psicosocial, la música ha sido una herramienta efectiva en la construcción de la paz, como lo afirma su Directora Ejecutiva, María Claudia Parías. El hecho que la orquesta sea una actividad colectiva hace que exista una responsabilidad cooperativa de trabajo en equipo para coordinar acciones que estimulan



Fotografía N.º 1. Fuente: Juan Fernando Ospina, Fundación Nacional Batuta.



Fotografía N.º 2. Fuente: Juan Fernando Ospina, Fundación Nacional Batuta.

la solidaridad, tolerancia y diálogo, poniendo a sus participantes en situaciones en las cuales deben resolver diversas problemáticas sin violencia y en modo colaborativo.

Bang afirma que «la música puede ayudar a las personas a ver y conectarse entre sí de nuevas maneras» (2016, p.360), haciendo que los efectos positivos de la empatía mejoren las relaciones y las actitudes intergrupales. En este sentido, Robertson (2016) argumenta que la actividad artística puede proporcionar a las personas un entorno de apoyo en el que la

conexión empática puede tener lugar, fortaleciendo la capacidad de aprender y relacionarse con los demás, lo que lleva a la comprensión mutua y la confianza sin dañar las relaciones.

En otras palabras, el programa hace una contribución vital a la reconstrucción del tejido social a través de la práctica musical que ha llevado a la transformación individual, familiar y comunitaria, por ende, promueve la creación de capital social entre los participantes. De hecho, se considera que la música es el aliado natural de la paz (Advocate of Peace, 1871).

El «Festival Mujeres en Escena por la Paz»

El «Festival Mujeres en Escena por la Paz», es un espacio de encuentro y de reflexión que inicia en 1992 como «Festival de Teatro Mujer», y en 1997, recibe el nombre de «Mujeres en Escena por la Paz». Por 27 años, de forma gratuita y con apoyo del sector público, diversas ONG y del sector privado se viene visibilizando el trabajo que desarrollan grupos de mujeres en el arte, conectándolas con el dolor, la resistencia y reconstruyendo el tejido social. Se caracteriza porque la gran mayoría de los grupos son dirigidos por mujeres, en los casos que las obras son dirigidas por hombres son creadas desde la perspectiva de género.

Este festival de teatro organizado por la Corporación Colombiana de Teatro —entidad cultural dedicada desde hace más de 40 años a la creación artística, difusión, formación y al trabajo cultural— es único en su género en Colombia por el papel protagónico que tienen las mujeres durante todo el proceso de creación y montaje, logrando que sus ideas, saberes y conocimientos sean la esencia del festival. A su vez, permite cambios no solo a nivel individual, sino también colectivo, pues invita a las participantes a crear con la otra, a denunciar y tomar una posición política. De la sostenibilidad de estos cambios depende el avance en la transformación de una cultura de violencia a una cultura de paz.

De hecho, el teatro es una actividad que se reconoce en todo el mundo porque proporciona

un espacio necesario para promover el diálogo y desarrollar la comunicación, creando un entorno donde las personas pueden expresar sus pensamientos. Además, proporciona herramientas creativas para abordar problemas críticos que pueden mejorar directamente su comunidad.

En ese sentido, la narración que se incorpora en el drama, da voz a las personas que no la tienen y permite la construcción de capacidades individuales y colectivas, escuchar con sensibilidad, repensar las identidades de la guerra, aprender cómo otras personas piensan, construyen y comparten una comprensión de sus vidas, fomenta el trabajo en equipo, la autoexpresión y facilita la reflexión (Stephenson & Zanotti, 2016).

Según Fukushima (2011), el papel de la comunicación, «es el primer paso en la resolución de conflictos, y la cultura a menudo puede ser un medio que ayude a generar confianza para ese fin» (p.8) y «las iniciativas culturales sirven como un lenguaje común» que permite que los adversarios se comuniquen (p.11).

Por esa razón, muchos proyectos culturales y artísticos se dedican a amplificar las voces de aquellos que no son escuchados (Cohen, 2005). En ese sentido, el teatro aporta desde el diálogo a construir relaciones entre los grupos y contribuir a los procesos de consolidación de la paz a largo plazo (Galtung, 2000; Cohen, 2005). Algunos autores señalan que «el arte es una forma única de comunicación, capaz de



Fotografía N.º 3. Fuente: Greis Cifuentes.

crear beneficios intrínsecos que mejoran las vidas de las personas y, a menudo, también contribuyen al bienestar público» (McCarthy, Ondaatje, Zakaras, & Brooks, 2004, p. 5).

La «Casa Kolacho»

Otra forma de arte que conduce al diálogo es el grafiti, también usado como una herramienta de expresión que brinda una forma alternativa de participación política, «ofrece un grito de guerra anónimo para las masas» (Buckley, 2014, p. 4). Este tipo de arte (murales, pinturas

de pared, grafiti) —llamado también arte callejero— es empleado como un dispositivo de comunicación para informar y dar voz a quienes no la tienen, haciendo visibles, accesibles y públicas las opiniones, sentimientos, intereses o problemas de una comunidad (Chaffee, 1993). Como lo afirma el politólogo norteamericano, Murray Edelman:

El arte crea realidades y mundos. La gente percibe y concibe a la luz de narrativas, fotos e imágenes. Porque

crean algo diferente de las percepciones convencionales, las obras de arte son el medio a través del cual los nuevos significados emergen. (1995, p.7)

Ese es el caso de la «Casa Kolacho»³ creada en el año 2009, en la Comuna 13 (San Javier) de la ciudad de Medellín, como un mecanismo de transformación social y cultural del territorio. En la década de los noventa esta zona fue epicentro de violencia, prácticas delictivas como sicariato vinculado al narcotráfico, robos, homicidios selectivos y múltiples violaciones de los derechos humanos, lo cual desató un enfrentamiento a gran escala entre los grupos al margen de la ley y la fuerza pública.

Hace 16 años esta comuna fue objeto de «la acción armada de mayor envergadura que ha tenido lugar en un territorio urbano y en el marco del conflicto armado en el país» (Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2011, p. 80), llamada Operación Orión, ordenada por el presidente Álvaro Uribe Vélez, con el objetivo de dismantelar las organizaciones insurgentes y retomar el control total de la Comuna 13. La operación dejó cuatro militares, seis civiles y seis milicianos muertos, más de 200 heridos, además fueron realizados alrededor de un centenar de allanamientos. Según cifras oficiales, solo en la Comuna 13 para el año 2002,

el desplazamiento forzado fue de 1 259 personas desplazadas, mientras que en el año 2001 llegó a 158 (Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2011).⁴

Esta serie de eventos delictivos en la zona, no solo dejaron pérdidas materiales sino también fractura del tejido social. Sentimientos como el miedo, la incertidumbre, ansiedad, terror y tristeza han sido un común denominador de su población. Bajo este escenario, y con la intención de sembrar una semilla de esperanza un grupo de artistas de la Comuna 13 de Medellín inicia un proceso liderado por el arte y la cultura para transformar el territorio. La Comuna 13 ha logrado establecerse como un «foco de movimiento cultural de gran importancia» (Alcaldía de Medellín, 2014, p. 96), abarcando todo tipo de manifestaciones artísticas, ganándose el reconocimiento y apoyo de sus habitantes.

Los aerosoles, pistas de bailes, y micrófonos han sido las armas para trascender la violencia, empoderar la comunidad, contar su propia historia y construir un futuro mejor. Desde su creación la «Casa Kolacho» ha sido un epicentro en donde el arte callejero (grafiti, *break dance*, *hip-hop* y *rap*) es un mecanismo de autoexpresión, consolidándose como una voz social

3 Su nombre es en homenaje al rapero Héctor Pacheco Marmolejo alias «Kolacho», del grupo C15 asesinado en 24 de agosto de 2009.

4 En la ciudad de Medellín la cifra de desplazados para el 2002 pasó de 1 462 a 2 941, es decir, que en la Comuna 13 se produjo el 42% del desplazamiento de la ciudad en ese año. Se puede ver el informe completo en el siguiente enlace: <https://bit.ly/1S9H9gD>



Fotografía N.º 4. Fuente: Greis Cifuentes.

que ha unido sus habitantes. Por medio de la música, pintura, diseño y radio han logrado dinamizar y cambiar la percepción negativa que se ha tenido por años de la Comuna 13. Ahora, gracias a diferentes servicios y productos que ofrecen son un centro cultural auto sostenible y un modelo de emprendimiento a nivel nacional.

«Expedición Sensorial»

El proyecto «Expedición Sensorial» del Ministerio de Cultura de Colombia ha logrado

desde el 2016 generar espacios que hagan posible integrar a las comunidades que sufrieron con mayor fuerza el impacto del conflicto armado. Hasta la fecha, el programa se implementa en dos regiones, Montes de María, en los departamentos de Sucre y Bolívar; y el Catatumbo, en el departamento de Norte de Santander.

Montes de María fue zona de guerra por muchos años. Su población ha vivido masacres, desplazamientos forzados, despojo e

innumerables barbaries. Entre 1990 y 2002, en los 15 municipios de Montes de María el enfrentamiento entre los diferentes grupos armados provocó un total de 2 207 homicidios; un promedio de 169 homicidios por año. Además, entre 1996 y 2001, las Autodefensas cometieron un total de 17 masacres, en localidades como: El Salado, Chengue, Pichilín, Colosó y Macayepo (International Institute of Studies of the Caribbean, 2008).

Estos hechos han debilitado el capital social de su comunidad y han despertado sentimientos de odio, tristeza y venganza. A la fecha, han ocurrido varias muertes de líderes sociales y más de 200 líderes defensores de derechos humanos han sido amenazados por su trabajo cívico en todo el departamento de Bolívar (Florez, 2018).

De igual forma, Catatumbo, región fronteriza con Venezuela, fue objetivo del paramilitarismo en los años noventa y ha vuelto a ser una zona en situación de violencia debido a los recientes enfrentamientos entre el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) por el poder territorial y economías ilegales⁵ que dejó las FARC-EP tras su desmovilización. Tanto Montes de María

como el Catatumbo tienen como común denominador la ausencia del Estado y falta de inversión social, siendo de las zonas más pobres y olvidadas de Colombia.

Frente a este escenario, «Expedición Sensorial» ha sido el *programa bandera* del Ministerio de Cultura en la construcción de paz, enfocándose en responder al punto de la «Reforma Rural Integral» del Acuerdo de Paz, buscando generar una atención integral para estas comunidades. El proyecto ha sido creado y desarrollado junto con actores locales y está diseñado para atender las necesidades previamente identificadas de la población.

Las actividades no se imponen a los participantes; por el contrario, el proyecto les permite a los participantes proponer la manera en que desean dirigir las actividades, identificar sus prioridades y desarrollar un curso de acción de acuerdo con ellas. Por lo tanto, los participantes tienen la primera y la última palabra, siempre guiados por facilitadores expertos, lo que garantiza el éxito de las actividades llevadas a cabo.

Bajo los principios de creatividad, diálogo intercultural, autonomía, apropiación, prácticas culturales, aprender haciendo y aprender creando, han logrado brindar herramientas para fortalecer la cohesión social de las comunidades, pero también a través de las iniciativas artísticas y culturales han abierto un espacio para reflexionar, concebir nuevas formas de ver, pensar, lo que ha llevado a la búsqueda de

5 De acuerdo a las Naciones Unidas, desde el 2012 hasta la fecha, las zonas con mayor densidad de cultivos de coca siguen siendo el Catatumbo, sur de Nariño, sur de Putumayo y la zona montañosa de Cauca (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, 2017). El informe está disponible en el siguiente enlace: <https://bit.ly/2uSrTAT>



Fotografía N.º 5. Fuente: Chely Valencia, Formadora de «Expedición Sensorial».

soluciones innovadoras a sus problemas locales. Por un periodo de cuatro años, el programa busca reconstruir el tejido social, fortalecer la identidad y las manifestaciones artísticas y culturales propias de los territorios, activar la creación colectiva, autonomía y liderazgo de los participantes.

Solo para el 2016, aproximadamente 2,100 personas hicieron parte de los procesos formativos en música y danza, asistentes a la creación de laboratorios de investigación (cocina tradicional y turismo, *bullerengue* y *champe-ta*, artesanías, memoria y literatura y tabaco), procesos de capacitación en las áreas de gestión, producción de eventos, maquillaje para la

puesta en escena y pedagogía para la enseñanza de las artes y los programas culturales.

Tejedoras de Mampuján

La construcción de memoria colectiva, la reconstrucción de los hechos, esclarecimiento de lo que pasó, la dignificación y reparación de las víctimas es posible mediante el arte y la cultura, ya que visibiliza y simboliza los acontecimientos atroces de las comunidades afectadas por el conflicto armado.

Las artes pueden crear un vínculo entre el pasado, el presente y el futuro, logrando una «transmisión intergeneracional de una memoria específica, referida a un hecho producido

en un espacio y un tiempo determinados» (Gómez, 2009, p. 4). De igual forma, dado que «el arte contribuye a la tarea ética de deslindar lo humano de lo inhumano, es decir, contribuye a la producción humana y (re)memorativa de valor» (Gómez, 2009, p. 4).

Ese es el caso de las tejedoras de Mampuján, un corregimiento del municipio de María la Baja, Bolívar, punto estratégico para la circulación de armas y drogas, para las FARC-EP, el ELN, paramilitares y otros grupos al margen de la ley. Su población fue víctima de múltiples violaciones a los derechos humanos, entre esas una masacre en el año 2000 que dejó más de once muertos, y provocó el desplazamiento forzado de 300 familias (Centro Nacional de Memoria Histórica).

Con el fin de iniciar un proceso de reconciliación, memoria y reparación, a mediados del año 2006, un grupo de 33 mujeres propició a través de la costura, una labor de sanación y recuperación de la memoria histórica; la tela se convirtió en el lienzo que les permitió plasmar su historia. Cada puntada ha ayudado a superar los traumas de la guerra, a sanar heridas y también a reconstruir colectivamente los hechos atroces que vivieron, logrando conectar nuevamente con su comunidad y fortaleciendo los lazos entre ellos; es decir, potencializando el capital social. Sus costuras revelan gráficamente su dolor, es la forma de comunicarlo y seguir adelante. En el 2015, fueron galardonadas con el Premio Nacional de Paz por esta

iniciativa que busca la reparación integral individual y colectiva de las víctimas.

Los anteriores casos corroboran la necesidad que las actividades artísticas que se planteen en escenarios de conflicto o postconflicto sean grupales ya que de este modo promueven el diálogo, la solución de conflictos, tolerancia y solidaridad. Asimismo, evidencian el poder de las artes en escenarios de conflicto o postconflicto, reconociendo el pasado, pero también mirando hacia un futuro, permitiendo a las comunidades redescubrirse y relatar sus historias, pero sobre todo presentarse como lo que son ahora.

CONCLUSIONES

Las diferentes expresiones artísticas realizadas de manera colectiva aportan a la reconstrucción del tejido social después de un periodo de violencia. Esta comprensión debe posicionar a los programas y estrategias que movilicen el capital social, es decir, el restablecimiento de las relaciones de comunicación y confianza de las comunidades fuertemente afectadas durante el conflicto armado, en el centro de los procesos políticos.

Sin embargo, la sostenibilidad de estos programas depende de una verdadera transformación de una cultura de violencia —eliminar los valores sobre los cuales está basada y con la que han vivido por décadas la mayoría de los colombianos— a una cultura de paz que respalde los acuerdos para la paz. A pesar de

la evidencia sobre el poder transformador del arte y la cultura, el Ministerio de Cultura sigue siendo rezagado en las asignaciones presupuestales teniendo el menor presupuesto frente a las demás carteras del Estado. Debido a la limitación de recursos en el sector, sumado con la dificultad inherente que tiene el arte y la cultura de ser objeto de medición debido a la intangibilidad que las caracteriza, muchos de los proyectos presentados en este artículo no cuentan con una evaluación de impacto. Lo cual impiden en gran medida diseñar estrategias que garanticen la continuidad y expansión del mismo.

Lo anterior, es interesante porque proyectos culturales como la «Casa Kolacho» muestran claramente que es viable una sostenibilidad a largo plazo. El centro cultural creado hace casi una década no recibe recursos públicos,

pero cuenta con la legitimidad y aprecio de la comunidad, su éxito se debe en gran medida a que la sociedad civil es la protagonista y ejecutora de esta movilización cultural y artística. Valdría la pena explorar con mayor detalle este fenómeno que podría llegar a ser replicable en diferentes regiones del país y en contextos de conflicto, ya que pone en evidencia que el rol del Estado debe estar más enfocado en fortalecer las comunidades y organizaciones de la sociedad civil.

Está claro que la cultura es un derecho y es deber del Gobierno garantizar que todos los ciudadanos tengan acceso a la vida cultural y puedan disfrutar de los beneficios del arte, más aún cuando estos contribuyen a la consolidación de la paz después de un conflicto, a la construcción del tejido social, la confianza y la reconciliación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Advocate of Peace

(1871). Music and Peace. *The Advocate of Peace*, 3(33), 103-103.

Alcaldía de Medellín

(2014). *Plan de Desarrollo Local Comuna 13 (San Javier)*. Medellín: Departamento Administrativo de Planeación.

Bang, A. H.

(2016). The Restorative and Transformative Power of the Arts in Conflict Resolution. *Journal of Transformative Education*, 14(4), 355-376.

Buckley, A.

(2014). Self-Expression in Spray Paint: Graffiti as a Popular Tool for Democratization in Argentina. Undergraduate Honors Theses. University of Colorado Boulder.

Byrom Hartwell, M.

(1999). The Role of Forgiveness in Reconstructing Society after Conflict. *The Journal of Humanitarian Assistance*, 1-20.

Centro Nacional de Memoria Histórica

(2018). *Todos los nombres, todos los rostros: Informe de derechos humanos sobre la situación de líderes/as y defensores de derechos humanos en los territorios*. Bogotá.

Cevallos, R. R.

(2005). *¿Cultura y Desarrollo? Desarrollo y Cultura?* Perú: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Chaffee, L.

(1993). *Political protest and street art: popular tools for democratization in Hispanic countries*. United States of America: Greenwood Publishing Group .

Cohen, R. I.

(1994). *Arts in the Local Economy*. Washington: NALAA.

Cohen, C.

(2005). *Creative Approaches to Reconciliation*. Brandeis University.

Coleman, J.

(1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology*, (94).

Edelman, M.

(1995). *From Art to Politics: How artistic creations shape political conceptions*. Chicago: University of Chicago Press.

Flinn, J., & McPherson, G.

(2007). *Culture Matters? The role of arts and culture in the development of social capital*. Scotland, United Kingdom: Antony Rowe Ltd, Eastbourne.

Fukushima, A.

(2011). Peace and Culture: Fostering Peace through Cultural Contributions . En A. G. University, *Conflict and Culture: Fostering Peace Through Cultural Initiatives*. New York, United States: Joint Research Institute for International Peace and Culture.

Fundación Nacional Batuta

(2018). *Informe de Gestión 2017*. Bogotá: Fundación Nacional Batuta.

Galtung, J.

(2000). *Conflict Transformation by Peaceful Means*. United Nations.

Gómez, A.

(2009). Arte y memoria de la inhumanidad: acerca de un olvido de arena. *Cátedra Manuel Ancizar*, 1-20.

Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación

(2011). *La Huella Invisible de la Guerra. Desplazamiento Forzado en la Comuna 13*. Bogotá, Colombia: Taurus, Alfaguara.

International Institute of Studies of the Caribbean

(2008). *The Laboratory of Peace in Montes de María. A Approach to their context*. Cartagena: Observatory of political culture, peace, coexistence and development of Montes de María.

LeBaron, M.

(2011). Dancing at the Crossroads: Arts and Movement-Base Approaches to Conflict Resolution. *Conflict and Culture - Fostering Peace Through Cultural Initiatives*, 20-33.

Kliksberg, B.

(1999). Social Capital and Culture Master Keys to development. *CEPAL Review*, (69).

Lederach, J. P.

(2005). *The Moral Imagination*. United States: Oxford University Press.

Martínez, E.

(2017). *El capital social en clave de paz: confianza, compromiso cívico y participación política*. Bogotá, Colombia: Escuela Superior de Administración Pública .

McCarthy, K., Ondaatje, E., Zakaras, L., & Brooks, A.

(2004). *Gifts of the Muse: Reframing the debate about the benefits of the arts*. RAND's Publications.

Ministry of Finance and Public Credit of Colombia

(2017). *Medium Term Fiscal Framework*. Bogota: Presidency of the Republic of Colombia.

Putnam, R.

(1993). *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. New Jersey: Princeton University Press.

Pizarro, E.

(2004). *Una Democracia Asediada. Balance y Perspectivas del Conflicto Armado en Colombia*. Bogotá, Colombia: Norma.

Power, S.

(2011). On Social Psychology and Conflict. *Psychology and Society*.

Preis, A.-B., & Stanca Mustea, C.

(2013). *Peace and Reconciliation: How Culture Makes the Difference*. UNESCO.

RCN Radio (Entrevistador) & Florez, E. (Entrevistado)

(2018). Líderes sociales piden mayor presencia del estado en zona rural de Montes de María. Recuperado de: <https://www.rcnradio.com/colombia/caribe/lideres-sociales-piden-mayor-presencia-del-estado-en-zona-rural-de-montes-de-maria>

República de Colombia

(1997). *Ley General de Cultura 397 de 1997*. Bogotá.

Restrepo, J., & Aponte, D.

(2009). *Guerra y Violencias en Colombia: Herramientas e Interpretaciones*. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.

Robertson, C.

(2016). Musicological ethnography and peacebuilding. *Journal of Peace Education*, 13(3), 252-265.

Sánchez, G.

(2015). *Memorias de Guerra y Dignidad*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Shank, M., & Schirch, L.

(2008). *Strategic Arts-Based Peacebuilding*. Blackwell Publishing.

Sriram, C.

(2004). *Confronting Past Human Rights Violations: Justice vs. Peace in Times of Transition*. New York, United States: Frank Cass.

Stephenson, M., & Zanotti, L.

(2016). Exploring the Intersection of Theory and Practice of Arts for Peacebuilding. *Global Society*, 31(3), 336-352.

Sudarsky, J.

(2007). *La evolución del capital social en Colombia 1997-2005*. Bogotá, Colombia: Fundación Antonio Restrepo Barco.

UNESCO

(1999). *Proyecto transdisciplinario de la UNESCO «Hacia una Cultura de Paz»*. Paris: UNESCO.

Uprimny, R.

(2001). *El laboratorio colombiano: narcotráfico y administración de justicia en Colombia*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.

Zembylas, M.

(2003). Emotions and teacher identity: A poststructural perspective. *Teachers and Teaching: Theory and Practice*, 9(3), 213-238.